

Sylvia Molloy

VIVIR ENTRE LENGUAS



ETERNA CADENCIA
EDITORIA

Molloy, Sylvia
Vivir entre lenguas / Sylvia Molloy - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Eterna Cadencia Editora,
2015.

80 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-712-087-5

1. Memoria. I. Título.
CDD A863

Hay una voz desterrada que persiste en mis sueños.
VICENTE HUIDOBRO, *El ciudadano del olvido*

Solo podemos hablar porque
nuestro idioma no está solo.

FABIO MORÁBITO, *El idioma materno*

© 2016, Sylvia Molloy
© 2016, ETERNA CADENCIA S.R.L.

Primera edición: febrero de 2016

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA
Honduras 582 (C1414BND) Buenos Aires
editorial@eternacadencia.com
www.eternacadencia.com

ISBN 978-987-712-087-5

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico,
sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.

INFANCIA

Para simplificar, a veces digo que soy trilingüe, que me crié trilingüe, aunque pensándolo bien la declaración complica más de lo que simplifica. Además no es del todo cierta: la adquisición de los tres idiomas no ocurrió simultáneamente sino de manera escalonada y cada idioma pasó a ocupar distintos espacios y a teñirse de afectividades diversas, acaso encontradas. Hablé español primero, luego a los tres años y medio mi padre empezó a hablarme en inglés. También cuando tenía tres años y medio nació mi hermana: en lugar de echar los platos por la ventana, como Goethe de chico cuando nace su hermano Hermann Jakob, adquirí otra lengua, que es otra manera de romper con lo seguro. El francés vino después y no conmemoró ningún nacimiento. Fue más bien una recuperación.

NOVELA FAMILIAR

qué idioma. Este recuerdo, este no saber en qué idioma le hablé, no me deja. De hecho, lo he usado en dos relatos, *trying to make sense of it*: en uno de esos relatos, un chico habla en inglés y hace feliz a la abuela; en el otro se niega.

Mi abuela, la madre de mi padre, como muchos inmigrantes ingleses de su generación, hablaba mal español. Le costaba decir *tetera* y decía (para gran hilaridad de su hijo) una *tetada* de té. Se desesperaba de que yo no hablara inglés, de que hubiera aprendido a hablar primero en español, creo que no le gustaba demasiado que mi padre se hubiera casado con una *Argentine girl* aun- que el hecho de que mi padre fuera a su vez un *Argentine boy* no se le pasaba por la cabeza. El inmigrante y el hijo del inmigrante se piensan en términos de lengua, *son* su lengua. Mi madre había perdido el francés de sus padres, era monolingüe, por ende, argentina. Mi padre hablaba en inglés con su madre, con sus hermanas, y en español con su mujer y sus amigos. A veces la gente le decía *che*, *inglés*.

Mi abuela, la madre de mi padre, murió cuando yo tenía cuatro años: recuerdo haberla ido a visitar poco antes de su muerte, recuerdo haberle hablado, no sé en

APRENDIZAJES

No sé cuándo dejó de tomar esas clases. Sí sé que la libreta desapareció y mi madre siguió monolingüe, como quien sigue padeciendo algún mal incurable. También sé, por comentarios que nos hacía más tarde, que entendía todo lo que nos decíamos en inglés mi hermana y yo.

Pero digo mal en llamarla monolingüe. El bilingüismo que hubiera podido ser suyo, el que le robaron los padres, subsistía, como resto, en algunas conversaciones caseras. Así tanto ella como mi tía usaban constantemente palabras francesas cuando hablaban de moda y de costura, palabras que conservo hasta hoy aunque no siempre sé a qué se refieren. Por ejemplo: *soutache*. Como islotes de la otra lengua, flotaban en la conversación. Acaso remitían a recuerdos precisos de sus infancias semibilingües; o acaso no fueran más que una simple afectación de señoras burguesas argentinas. En todo caso, me permitían construir una imagen menos lingüísticamente desamparada de mi madre.

El hecho de que mi madre no hable inglés impone el español en las reuniones de la familia paterna. Condescendientes, mis tías, que son perfectamente bilingües, se adaptan; yo siento vergüenza. Cuando se dirigen a mí contesto en inglés, para lucirme, y para hacerles ver que no soy monolingüe como mi madre. "Talk in Spanish so Margot understands", me dicen. Yo rabio.

Recuerdo que cuando yo era muy chica mi madre tomaba clases de inglés con una inglesa del barrio cuyo nombre he olvidado aunque recuerdo perfectamente dónde vivía: al lado de un hospital. Recuerdo la libreta amarilla de papel cuadriculado en la que mi madre anotaba lo que iba aprendiendo. Recuerdo cómo se enojó conmigo cuando me encontró revisándole esa libreta que guardaba cuidadosamente en la cartera, llena de ejercicios no demasiado distintos de los que me tocaban en el colegio.

PÉRDIDA

hacía escuchar a Charles Trenet. Aún hoy, si escucho *Ménilmontant*, inevitablemente vuelvo al comedor de la casa de mis padres, a Madame Suzanne, mi hermana y yo inclinadas sobre una victrola, y a mi madre que nos mira desde el otro cuarto, como si quisiera unirse a nosotros y no se atreviera.

Al principio Madame Suzanne se desesperaba porque cuando no sabíamos una palabra resueltamente afrancesábamos la palabra española: *le café*, arriesgábamos, se revolvía con *une cucharite*. Mientras tanto Madame Suzanne, al hablar con mi madre, hacía lo mismo en sentido inverso: le daba una receta y le decía que había que tener cuidado de que la preparación *no torrara* en vez de *no se cortara*. Los ejemplos que recuerdo, como se verá, remiten (o re-tornan) a la casa, a la cuchara y a la olla; remiten a lo *casero*, aunque las lenguas del sujeto bilingüe nunca lo son. La mezcla, el ir y venir, el *switching* pertenece al dominio de lo *unheimliche* que es, precisamente, lo que sacude la fundación de la casa.

“Perder” una lengua, quedarse deslenguado. En la familia de mi madre eran once hermanos. Los tres mayores hablaron de chicos el francés de sus padres, que me imagino espeso, meridional; luego la familia se volvió monolingüe. Los padres, mis abuelos, ¿seguirían hablando su francés en privado, cuando se contaban cosas, cuando hacían el amor? Nadie puede contestar esa pregunta. Es como si el francés, en esa familia, se hubiera escondido en el clóset. Pienso: si yo hubiera tenido hijos, ¿en qué idioma les hubiera hablado? ¿Cuál habría reprimido?

Porque el francés era el idioma que mi madre había perdido quise, desde muy temprano, recuperarlo en su nombre. No quería que mi padre fuera bilingüe y mi madre no. De muy chica pedí aprenderlo y contrataron a una maestra, una vieja amiga de una tía de mi madre, para que nos enseñara a mi hermana y a mí. Madame Suzanne, como la llamábamos, usaba turbante y nos

J'ÉCRIS MA LECTURE

Aprendí a hablar primero en español pero a leer primero en inglés. Recuerdo a una Mrs. Richardson que nos enseñaba los sonidos del alfabeto inglés (*Mr. A says A for Apple, Mr. B says B for Ball*: era un alfabeto rigurosamente masculino). Este curioso sistema para un idioma tan poco fonético me permitió trasponer los sonidos al español que en cambio sí lo es. Mister A decía A y era la A de *Apple* pero también era la A de *Agua*. “Esta chica aprendió a leer sola”, clamó mi tía un día que me encontró leyendo en voz alta en español. No me atreví a corregirla; solo estaba traduciendo sonidos.

Aun de chica sabía que iba a escribir pero no sabía por dónde empezar. Leía vorazmente cuanto libro aterrizaba en mis manos, sobre todo en inglés. Lo único que leía en español, además de las lecturas que se asignaban en el colegio, eran los libros secretos de mi madre, los que guardaba en su mesa de noche y leía, saltadamente, antes de apagar la luz. Casi todos eran

traducciones del inglés –Margaret Mitchell, Pearl Buck, Vicky Baum–, con la excepción de un par de libros traducidos del italiano que leí ávidamente –Malaparte, Moravia– hasta que mi madre descubrió mis lecturas clandestinas y los escondió. Volví a Nancy Drew.

Hubo, sí, un libro francés que leí de chica en traducción, las *Memorias de un asno* de la Condesa de Ségur. Me identifiqué con Cadichon, con el maltrato al que sometían al pobre burro, lloré con y por él. Las manipulaciones emocionales de la Condesa –nada más eficaz que perturbar a un chico con el sufrimiento de un animal– dieron en el blanco. Hace poco me compré un viejo ejemplar del original, en la edición de la Bibliothèque Rose Illustrée, para ver “cómo sonaba” en francés. No he sido capaz de abrirlo hasta el día de hoy.

TERRITORIO

Cada idioma tiene su territorio, su hora, su jerarquía. El colegio de mi infancia se divide en dos mitades, inglés por la mañana, español por la tarde. Es, por ende, un colegio bilingüe. Pero se lo llama un "colegio inglés", sin duda por el prestigio que connota el término, pero también por la ley que impera. Si una alumna habla en español durante la mañana y no en inglés, y la pesca una maestra, es castigada. Debe ir al despacho de la directora donde firma el *black book*, que resulta ser una libretita negra menos ominosa de lo que suena. A las tres firmas uno es expulsado. Otras transgresiones serias que llevan a la firma y eventual expulsión: llevar las medias enrolladas en los tobillos, el pelo sin atar, o copiarse de una compañera. Son ofensas graves (tan arbitrarias como los pecados mortales de la iglesia católica) pero acaso hablar español durante la mañana inglesa sea la peor.

De pronto, recuerdo algo interesante: los chistes verdes se contaban en español, la lengua prohibida por

la mañana. O mejor dicho, la anécdota se contaba en inglés pero "las partes" solo se nombraban en español, como aquellos textos médicos decimonónicos que acudían al latín para hablar de lo innombrable. Solo después aprendí los equivalentes en inglés, a través de lecturas. Como es bien sabido, la literatura cumple múltiples propósitos.

Por la tarde la escolaridad es en español. Si alguien habla en inglés a nadie le importa. No hay castigo. El español, comparado con el inglés, es una lengua descolorida, por lo menos para las que la traemos de casa. Como la madre en Freud, es *certissima*. Mis padres admiran este sistema pedagógico no solo por la división de tiempos y espacios lingüísticos sino porque el inglés está por la mañana "cuando están más frescas". Mis padres me regañan, nos regañan, a mi hermana y a mí, si mezclamos. La casa reproduce las divisiones en la novela familiar: español con la madre, inglés con el padre. Mezcla (cuando no te oyen) entre hermanas, como una suerte de lengua privada.

Reconocí esa misma mezcla en uno de mis viajes a Buenos Aires, en una tienda de artículos regionales, *of all places*. Dos mujeres, más o menos de mi edad, bien vestidas, están mirando unas bufandas de alpaca, hablan entre sí. *Esta le va a quedar bien, don't you think, pero no quiero gastar tanto, it's quite expensive, che*. The switching is effortless: tendrá sus reglas pero yo, como hablante, no las conozco: switcheo,

no analizo. Pienso: estas mujeres deben de haber ido al mismo colegio que yo, y ahora que no las oyen los padres, mezclan.

MEZCLA

He escrito *bufanda* y de pronto recuerdo otro desvío lingüístico: en la Argentina la gente no dice, o no decía (los bilingüismos tienen también sus épocas), *bufanda*, decía *écharpe*, o más bien *écharpe*, pronunciando la *ch* a la francesa pero haciendo sonar la *e* final. Pero la gente bien decía *écharpe*, pronunciando la palabra resueltamente en francés, esa otra lengua de la cultura argentina. Más que de bilingüismo se trata aquí de efecto bilingüe, no tanto trabajo de *switch* como trabajo de cita, tan típico del argentino algo afectado, o de quien anda entre argentinos afectados, no necesariamente bilingües. Anécdota cultural: José Bianco, inolvidable escritor y editor de la revista *Sur*, visita la universidad de Princeton. Reputados hispanistas le preguntan qué contacto había tenido con Américo Castro cuando este vivía en Buenos Aires. ¿Cómo era, querían saber estos hispanistas, el autor de *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*? Bianco cuenta que era muy simpático, encantador, y que hablaba como una

señora bien argentina. Estupor general, pedido de explicación. Cada tres palabras en español, dejaba caer dos en francés, que les aclaro hablaba muy bien, responde sueltamente Bianco. Cunde el desconcierto: para estos hispanistas, tan atentos a nociones de pureza de lengua, es imposible aceptar lo obvio: que el campeón de la heterodoxia, fiel a sus ideas, se atreviera a mezclar.

PUNTO DE APOYO

¿Por qué hablo de bilingüismo, de mi bilingüismo, desde un solo idioma, y por qué he elegido hacerlo desde el español? No sé si *elegir* es la palabra, a pesar de que el término ha adquirido cierta distinción heroica, como en *le choix de Moréas* o las declaraciones de Conrad (“yo no elegí el inglés, el inglés me eligió a mí”). Quiérase o no, siempre se es bilingüe desde una lengua, aquella en la que uno se aposenta primero, siquiera provisoriamente, aquella en la que uno se reconoce. Esto no significa aquella en la que uno se siente más cómodo, ni tampoco la que uno habla mejor, ni menos la que se usa para la escritura. Hay (es necesario encontrar) un punto de apoyo y desde ese punto se establece la relación con la otra lengua como ausencia, más bien como sombra, como objeto de deseo lingüístico. A pesar de que tiene dos lenguas, el bilingüe habla como si siempre le faltara algo, en permanente estado de necesidad. (Esta última frase la traduzco del francés: *état de besoin*. La expresión describe, entre otras cosas, el estado del

adicto que necesita otra dosis, otro *fix*). A pesar de que tiene dos lenguas, el bilingüe habla siempre alterado, alterado como se usaba el término por los años cuarenta para indicar que alguien no tiene completo control de sus reacciones, "habla o se ríe como una alterada". El bilingüe nunca se desaltera, valga el galicismo. *Désaltérer*: calmar la sed.

Siempre se escribe desde una ausencia: la elección de un idioma automáticamente significa el afantasmamiento del otro pero nunca su desaparición. Ese otro idioma en que el escritor no piensa, dice Roa Bastos, lo piensa a él. Lo que al comienzo parece imposición —¿por qué habría que elegir?— pronto se vuelve ventaja. La ausencia de lo que se ha postergado continúa a obrar, oscuramente, como un tático *autrement dit* que complica lo escrito en el idioma elegido y lo percutido. O mejor, lo infecta, como dice Jacques Hassoun, usando el término como se usa en pintura cuando un color se insinúa en el otro: "Nous sommes tous des 'infectés' de la langue".

And yet, and yet. Esa contaminación también se da en los hábitos de lectura más comunes del bilingüe, con efectos desconcertantes. Sé que cuando estoy manejando en el campo y veo un anuncio al borde del camino que dice "Icy pavement" por un segundo pienso "icy" en francés (y lo que es más, pretenciosamente, lo pienso con i griega, en el francés medieval que alguna vez estudié: "Aquí pavimento". O si en el campo veo un

cartel a la vera del camino que anuncia "Hay", mi primera reacción es leerlo en español (desde el español), y pienso "¿Qué es lo que hay?" antes de darme cuenta de que lo que hay es *hay*, es decir, heno. Para mí el cartel debería decir: "Hay hay", la primera palabra en español, la segunda en inglés. Estos pequeños desconciertos me irritan y sin embargo no puedo evitarlos: me agarran desprevenida.

LENGUA ANIMAL

En qué lengua les hablo a mis animales, me pregunta un amigo. Nunca en francés, por alguna razón, le digo muy segura, acaso porque el francés nunca llegó a ser, de veras, lengua casera y lo animal es parte de la casa. Sigo cavilando y agrego, quizá les hablo en inglés porque me gusta hablar *nonsense* con los animales cuando nadie me oye, inventarles nombres absurdos, y el inglés se presta más al sin sentido. Pero no, me corrijo, debo de usar los dos porque también le digo *mamita linda* a la perra, cuando te imaginás que nunca le dije *mamita linda* a nadie en mi vida, *I wouldn't be caught dead*, pero con los animales se puede ser cursi. En cuanto a los disparates, tampoco son privilegio del inglés: a una de las gallinas la llamé, durante un tiempo, Curuzú Cuatiá, no me preguntes por qué.

A las gallinas les hablo en español, agrego muy segura, ante el estupor de mi amigo que no sabía que tuviera gallinas. Vienen corriendo cuando les digo ¡Chi-

cas, a comer! Y cuando las hago entrar en el galpón les canto *A la cama, a la cama, a la cama con Porcel*. Esto lo digo como quien confiesa un pecado serio, yo que nunca fui adepta de los shows del vulgar gordo. Mi amigo se ríe y (creo) entiende.

ECOLALIAS

Cada vez con más frecuencia me sorprende repitiendo frases inanes, pedacitos de parlamentos semiolvidados, frases absurdas derivadas de lugares comunes que me han quedado en la memoria, o de canciones que recuerdo vagamente, o de palabras que mi hermana y yo inventábamos de chicas y en las que se combinan los idiomas que sabíamos y aquellos de los cuales apenas teníamos idea, o citas de textos aprendidos de memoria ("Un songe, me devrais-je inquiéter d'un songe"), todo esto en una seguidilla que repito cuando estoy sola, como para hablar conmigo, y que no quisiera que nadie escuchara, creerían que estoy perdiendo la razón.

Recuerdo que el padre de una amiga, ya casi senil, se la pasaba repitiendo la palabra *vaticano* —era por la época del segundo concilio—, solo que la decía como pronunciando en su lengua materna, la V se volvía P, y su *paticano* causaba gracia hasta que hartaba a sus oyentes. Pienso también en mi amiga que ha perdido la

memoria y que emite, de vez en cuando, en voz ronquísimas porque es como si se hubiera olvidado de hablar, palabras absurdas que dependen de la pura rima, *cuchi cuchi*, y cosas por el estilo. Pienso en mí misma, en las veces que me encuentro musitando si no disparates, insignificantes restos de patria, como *mamboretá* o *mejora mejora Mejoral*.

Me pregunto cuál será la lengua de mi senilidad, si en ella caigo, y en qué lengua moriré. ¿Seré trilingüe o en los desechos que emita primará una lengua sobre las otras? Por otra parte me alivia el hecho de que, por una vez, no tendré que elegir.

NO QUERER SER OTRO

Pese al multiculturalismo del que se jacta, el país en el que vivo es resueltamente monolingüe. La superioridad aparente que esa limitación da a sus habitantes suele volverse indulgencia tonta y burlona hacia los otros idiomas que importan palabras. Así esa amiga mía que se ríe de los *week-end* y *pique-nique* que oye en boca de franceses. Me canso de decirle que es al revés, que *pique-nique* es, originalmente, una expresión francesa que el inglés adoptó y no la inversa. Me canso de decirle también que el inglés, como todo idioma, pide prestado y saludablemente adapta, así esa *chaise longue* de la clase media norteamericana, mucho más expresiva que la palabra francesa que traspone, *chaise longue*. (El francés, objetivamente, describe las dimensiones de la silla; el inglés, ingeniosamente, lo que se hace en ella: haraganear).

Mi amiga sigue sin creerse o se olvida en el acto de lo que le digo. Para el monolingüe no hay sino una

lengua desde donde se piensa un solo mundo, y lo distinto siempre se da —si es que se da— peligrosamente: en traducción.

PICTURES OF HOME

Según un estudio reciente sobre lengua e inmigración, comentado por *The New York Times*, los inmigrantes chinos que residen en los Estados Unidos tienden a hablar inglés con mayor soltura cuando se les muestra fotos de algún emblemático paisaje estadounidense (el monte Rushmore, digamos) y no uno chino (por ejemplo, la Gran Muralla). Además cuando a los participantes en este estudio se les ponía delante la foto de un chino y se les pedía que dialogaran con él en inglés tendían a ser menos locuaces que cuando en la pantalla veían la foto de un norteamericano. Los autores de este estudio describen esta experiencia como *frame switching*, pasar de un encuadre a otro, y proponen que es la reacción natural del cerebro para adaptarse a nuevos puntos de referencia. El título de la noticia resumía la experiencia: "Seeing Pictures of Home Can Make It Harder to Speak a Foreign Language".

La conclusión: para sentirse cómodo, incluso lo-
cuaz, en otro idioma se necesita la inmersión total en
lo extranjero y el olvido: que no queden rastros del
home que se ha dejado atrás. ¿Pero cuando ese *home*
se lleva consigo? ¿O cuando esa extranjería es parte de
uno mismo?

Por otra parte el comentario del *Times* no se detiene
en considerar para quién se habla. ¿Para el otro? ¿Para
mí? ¿Para la imagen que me muestran?

En las ferias callejeras de Nueva York abundan los vendedores indígenas provenientes de países andinos. Venden tejidos de alpaca, gorros, algunos cacharros, camisas de lino grueso. Me cuenta un amigo que una señorita peruana que trabaja en el consulado del Perú en Nueva York se queja de esta inmigración, acaso por su indeseada visibilidad, pero sobre todo, parecería, por razones lingüísticas. Más precisamente se queja de un bilingüismo que escapa a su control de empleada consular: "Estos pasan directamente del quechua al inglés", parece que dice, con desprecio.

En un disparatado intento de limpiar el país de indeseables, el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo determinó en 1937 eliminar a los haitianos que casi a diario cruzaban la frontera por razones de trabajo, o que ya la habían cruzado años antes para radicarse en un país que les ofrecía mejores oportunidades. El tamiz por el cual se hacía pasar al presunto haitiano era lingüístico. Se lo detenía, se le hacía decir la palabra *perejil* (o, dicen otros, *hierba colorada*) y si la pronunciaba con la erre gutural del francés y con la jota trabajosa, se le negaba la entrada y, en más de un caso, se lo mataba. El perejil era su *shibboleth*, como para los miembros de la tribu de Efraín: Delataba una extranjería intolerable, una no pertenencia. Dicen que así murieron entre quince y veinte mil personas, entre ellas también dominicanos que, si bien pronunciaban bien la palabra, tenían la piel oscura.

El río que constituía la frontera se llamaba (¿acaso se siga llamando?) Masacre, en recuerdo de una vio-

lencia anterior ocurrida muchos años antes. Los acontecimientos de 1937 dieron nueva fuerza al nombre. La palabra *masacre* se pronuncia prácticamente igual en francés y en español. Salvo, claro está, por esa mal-dita *erre*.

BILINGÜISMO INMIGRANTE

José Ramírez Salguero, salvadoreño, vive en los Estados Unidos desde hace algunos años. No es residente oficial del país sino algo así como un huésped legal a quien se le permite trabajar y volver, cada tanto, a su patria. Es algo bilingüe, es decir, se las arregla en un inglés fluido y macarrónico. Se le ilumina la cara cuando se da cuenta de que su interlocutor habla español.

José Ramírez Salguero ha formado una empresa de construcción en la que trabajan todos sus hermanos menores que, como personajes de García Márquez, también se llaman José y solo se distinguen por su segundo nombre de pila: José Elías, José Ramón, José David. Trabajan con ellos otros salvadoreños; uno de ellos, de ojos muy azules, se llama Bartleby, como el personaje de Melville, y nunca sabré el porqué del nombre. No me atrevo a preguntarle, me diría que preferiría no decírmelo. A diferencia del escribiente homónimo, es muy activo, un buen trabajador, como

dice el José original, el que está cumpliendo su *American dream*.

Si José es algo bilingüe, sus hermanos y compañeros lo son menos. Eso ha dado origen a un idioma intermedio, donde la sintaxis es española pero el vocabulario técnico, sobre todo el que se refiere a materiales de construcción desconocidos en El Salvador, es en inglés o algo que se le asemeja. Así coexisten el martillo y el taladro con el *shirra*, que pronto aprendí era el *sheetrock*, con el *toile* por *toilet*, el *rufo*, el *trim*, el *besmen* y la *boila*. Cuando vienen José y los suyos a hacer algún trabajo en casa caigo en esa mezcla con toda naturalidad, después de todo no tengo idea de cómo se dice *sheetrock* en español. En cuanto a la *boila*, una vez aventuré *caldera* y me miraron sin entender, se ve que en El Salvador se dice de otra manera. En cambio, con *boila* y *shirra* nos entendemos. En un país que no es el nuestro, eso es lo principal.

NOMBRE

¿Qué nombre ponerle al sujeto bilingüe, al recién nacido para quien se prevé una vida bilingüe? A menudo he oído declarar a los futuros padres que quieren un nombre que funcione en los dos idiomas, con mínima adaptación, sin que sea necesario traducirlo. Pongamos por caso Tomás/Thomas, u Olivia/Olivia, o Ana/Anna, o Martín/Martin. (Por ejemplo, nada de Hermenegildo, de Duncans: yo iba al colegio con una chica nacida en Hawái llamada Leloni y en la hora de español —que yo en la de inglés— para hacerla rabiar la llamábamos "Lela"). Acaso sea atendible este esfuerzo por elegir estos nombres *passepartout*, como el personaje de Julio Verne, para facilitarle la vida al hijo que va y viene entre culturas. Pero en términos más amplios ningún nombre funciona "en los dos idiomas". Siempre es necesario traducirlo. Lo mismo ocurre con los apellidos. El mito, irlandés, es inconfundiblemente irlandés en Irlanda y en los Estados Unidos. En la Argentina, donde suele pronunciarse acentuando la primera sílaba, más

de una vez lo han creído judío: si Portnoy, por qué no Mólloy. Y en un viaje por la Borgoña, hace años, lo reconocieron como "un nom du pays": efectivamente hay un pueblito cerca de Dijon que se llama Moloy y que se pronuncia, previsiblemente, *moluá*.

OTRO NOMBRE

Se llamaba Ana María pero una de mis tías, hermana de mi padre, le puso de sobrenombre Annie May, acaso porque el nombre original le parecía demasiado argentino. El nombre quedó, reemplazó incluso al nombre de pila, pero se argentinizó en el acto. Tanto mi madre como mi tía, monolingües, lo pronunciaban (e incluso lo escribían) Animé. Solo la llamaban Ana María cuando le hablaban muy en serio o la retaban. Aclaro que en esa época no existían los dibujos animados japoneses con el mismo nombre. No sé si a mi hermana le hubiera divertido tanto tener nombre de *cartoon*.

Con mi nombre no hubo nunca problemas. Digo mal: es Sylvia con i griega, como en inglés, lo suficiente, en aquella época, para extranjerizarme. Y para que invariablemente cuando daba mi nombre lo escribieran mal.

Mis padres decían que nos habían dado un solo nombre de pila para no complicarnos la vida. Pero se equivocaban: para el bilingüe la complicación es la vida misma.

MÁS APELLIDOS

Si los nombres de pila viajan mal de un idioma a otro, ni hablar de los apellidos. Abundan las historias de apellidos extranjeros adaptados y deformados por algún empleado de inmigración distraído, apellidos nuevos que, cuenta Eva Ioffman, los mismos portadores no logran pronunciar y en los que tendrán que aprender a reconocerse. Para no hablar de los apellidos que hay que modificar porque, solo un cuenta, entorpecen su asimilación al nuevo país.

Kagan pasa sin problema en inglés, no tanto en español; la inversa ocurre con *Kintz*, como me tocó comprobar en un consultorio médico en Nueva York. Cuando llamaron a la paciente, pronunciando su apellido en inglés, no se dio por aludida. Por fin, cansada de oírse mal llamada, acusó recibo e iracunda corrigió a la enfermera pronunciando su apellido correctamente, en alemán. Es necesario agregar que el consultorio en cuestión era de ginecología, y que *Kintz*, pronunciado en inglés, suena igual que *cunts*. Es decir, vaginas; o mejor dicho, *conchas*.

DERROCHES BILINGÜES

Placer de recuperar una lengua, de vivir en ella sin pensar, por un instante, en las otras. Ayer hablé con una amiga de París con quien hace rato no hablaba. Seguíamos en contacto electrónico, es decir que yo le mandaba mails en impecable francés, laboriosos de escribir porque mi computadora confunde acentos, diéresis y tildes de todo tipo. Pero esta vez urgía hablar con ella personalmente y me di el gusto de hacerlo, abandonándome al placer de la otra lengua, la que no suelo hablar, como un nuevo rico que descubre su inesperada riqueza: mucho despliegue de *quand même*, de *tout compte fait*, de *par surcroît*. No logré deslizar un *qu'à cela ne tienne* porque me pareció excesivo. Cuando terminé y pasé al otro cuarto, me di cuenta de que el hombre que estaba haciendo un arreglo en casa me había oído, había reconocido que hablaba en francés y se maravillaba de mi plurilingüismo. Él es polaco, le cuesta hablar en inglés, nos comunicamos a veces por gestos. Al irse señaló por la ventana y dijo

con amplia sonrisa algo que sonaba como una combinación de *deers* y *bears* y que no entendí. Después de varias repeticiones y cierta mortificación de ambas partes me di cuenta de que no estaba hablando de venados ni de osos, estaba intentando decir *pájaros* en inglés. Era mi intento de hablar la otra lengua como la había hablado yo por teléfono, lujosamente —un *bird* bien vale un *qu'à cela ne tienne*— y yo, todavía enajenada por mi conjunto lingüístico y mi performance en francés, no había entendido. Me sentí culpable.

HABLA CASERA

Durante años me resistí a regresar *de veras* a Buenos Aires, con lo que quiero decir, volver a una casa que podía llamar mía. Así paraba en hoteles, lo cual contribuía a cierta marginalidad baratamente *louché* que me satisfacía, marginalidad que caracterizaba (y acaso siga caracterizando) mi relación con el lugar donde nací. Por alguna razón hace unos años decidí comprar un apartamento, que concebí específicamente como un *piéd-à-terre*: lugar de paso en el que me alojo un par de semanas cada vez que voy, no es el lugar en el que viviría permanentemente si es que alguna vez volviera *del todo*. Pero por ahora basta.

Lo que no preví era que esa nueva casa mía —porque eso es, después de todo, por provisoria que sea— iba a permitirme recobrar viejos hábitos lingüísticos y adquirir otros nuevos, reanudar el vocabulario de lo cotidiano, más específicamente, de lo *casero*. Es como jugar a la casa, después de más de cuarenta años de no tenerla,

hacer listas de lo que hay que comprar en el almacén, deditarme ante las nuevas marcas que ofrece el supermercado, ya no La Martona sino La Serenísima, o el Cif en vez del Puloil, y sobre todo no dejar que me agarren desprevenida, que descubran que mi casa no es mi casa.

El aprendizaje de la lengua casera exige atención, como cualquier aprendizaje. Se adquieren términos nuevos, se desempolvan palabras olvidadas, pero nunca, nunca, se muestra la hilacha recurriendo al término *de allá* y menos aún al término de *aquel entonces*. Se trata de una suerte de comadreo lingüístico, un regodeo, como si se citara en un idioma para impresionar al otro. ¿Cuál otro?

¿En qué lengua se despierta el bilingüe? Cuando estoy fuera de mi casa, cuando estoy de viaje, me despierta la campanilla del teléfono y tengo que hacer un esfuerzo por contestar en la lengua que corresponde, la del lugar donde estoy: si no, siento que he cometido un error, un desliz. He bajado la guardia, he dejado vislumbrar algo que en general no se ve, aunque no sé bien qué es. Es como si me sorprendieran en una actitud comprometedor. Una mañana, apenas despierta, empecé a hablarle a la persona que dormía a mi lado y me pareció que no me entendía. Solo sonreía mientras yo me empeñaba en repetir lo que le estaba diciendo, exasperada de no obtener reconocimiento: parecía un sueño en el que uno cree que está hablando pero no salen las palabras. De pronto me desperté del todo y me di cuenta de que le había estado hablando en la otra lengua, la que ella no hablaba. Nunca supe qué era lo que de veras le había querido decir. ¿Y por qué digo "de veras"?

Sorprendentemente, mi amiga que sufre de Alzheimer no ha olvidado el inglés, idioma aprendido en su juventud. Simplemente ya no lo sabe hablar. Me explico: si alguien le dice algo en inglés contesta en inglés, perfectamente. Si alguien le habla en español, lo mismo. Pero si en medio de una conversación en español alguien cambia de lengua, se perturba. Es decir, ya no puede hacer el *switch*, como cualquier bilingüe se queda pegada a la lengua en que empezó la conversación, tratando en vano de entender lo que se ha dicho en inglés desde el español. La última vez que pasó esto se asustó, vi el desasosiego en sus ojos, como si hubiera aparecido en el cuarto un extranjero. Me pregunto si ocurriría lo mismo en una conversación en inglés que pasara, sin aviso, al español. ¿Trataría de entender desde el inglés o se acomodaría en el acto al cambio de lengua? Sospecho que reconocería la lengua intrusa pero en realidad no tengo base para hacérselo, solo una vaga creencia en la remanencia de

la lengua llamada materna. Pero si no reconoce a la gente, ¿cómo reconocería su propia lengua, alienada, acaso amenazadora?

VIOLENCIA

Jules Supervielle, sujeto bilingüe uruguayo-francés, piensa que el escritor solo puede serlo en una lengua: para él, elegirse poeta francés significó "délibérément fermer à l'espagnol mes portes secrètes, celles qui ouvrent sur la pensée, l'expression et, disons, l'âme". El español solo subsiste en ráfagas, dice, subsiste en su vida no tanto en frases completas como en algunos "borborygmes de langage". Recuerdo la definición del término: *borborygmo* es, según la brutal definición de Julio Casares, "el ruido de tripas producido por las flatulencias intestinales".

Me cuenta su sobrina, también escritora, que Supervielle había impuesto el francés como lengua castera: era el único idioma que hablaba con su mujer, uruguayaya como él. A Pilar le costaba hablar en francés, me cuenta Silvia Barón Supervielle, era terrible osfría. Hablaba con muchísimo esfuerzo, como si se hiciera violencia, no era ella misma. Los borborig-

mos en español del marido habían pasado a ser los borborigmos en francés de su mujer. A qué precio se es poeta.

Esta sobrina de Supervielle es poeta. Y es también —en la más amplia acepción del término— traductora.

MANSIONES VERDES Y TIERRAS PURPÚREAS

¿Ver la de veras bilingüe? Nació en Quilmes, de padres norteamericanos que lo criaron en inglés. No se sabe cuánto se manejaba en español aunque sin duda lo hablaría con cierta soltura en conversaciones con los chicos que compartían sus juegos y, más tarde, con la gente del campo con la que pasó buena parte de su vida. Vivió treinta y tres años en la provincia de Buenos Aires antes de marcharse a Londres para transformarse en el escritor inglés que había elegido ser. A menudo comete errores de ortografía cuando cita una palabra en español, lengua a la que llama *the vernacular* en lugar de *Spanish*. Cuando habla de argentinos los llama *the natives* como si él no lo fuera. Cuando habla de indígenas los llama *the savages*. ¿Habría con acento? ¿En español? ¿En inglés? En la conversación intercalaba el uso de la lengua nativa, dice un crítico, o sea, como muchos de nosotros, *switchaba*. Pero ¿cuál era esa lengua nativa?

Recuerdo que se lo leía en la escuela, en traducción, aunque no se mencionaba este detalle. Hudson era autor argentino, mejor dicho, autor *nacional*. Incluso se traducía su nombre: no era William Henry sino Guillermo Enrique. De hecho más de una edición omite el nombre del traductor, creando así la ilusión de que se está leyendo un texto original. Con lo cual, el verdadero original, el texto en inglés, se afantasma y Hudson se vuelve, para el lector ingenuo, escritor *nuestro*, monolingüe. El texto en inglés queda a la vera del camino, como una remota traducción, poco leída, del texto en español.

Las traducciones al español de Hudson se empeñan en reforzar la autoctonía. El traductor recurre a un español agresivamente local, *agauchado*, que supera de lejos los textos nativistas que le son contemporáneos. Un muy victoriano "Do you hear the mangangá, the carpenter bee, in the foliage over our heads? Look at him, like a ball of shining gold among the green leaves, suspended in one place, humming loudly!" se vuelve "¿Oye el mangangá allá arriba entre las ramas? ¡Paralah'ojas verdes, zumbando tan juertazo!". Es verdad que quien habla aquí es un gauchito, con lo cual podría decirse que el traductor no se aleja del original sino que lo torna más verosímil. Pero el mismo tono apaisanado se extiende, a veces, hasta al mismo narrador: la primera persona que narra estas historias se vuelve hombre de

campo, deja de ser alguien que consideraba su traslado a Inglaterra un *going home*.

Hablando de originales: pocos recuerdan que el primer título de *La tierra purpúrea* era *The Purple Land that England Lost*. La referencia a las fallidas invasiones de 1806 y la frase insólita —después de todo solo se puede aquello que ya se tiene o a lo que se cree tener derecho— posiblemente suscitaran curiosidad y cierta nostalgia en el lector inglés; no así en el lector argentino. No queda rastro de ese resto de frase en las ediciones argentinas del libro, ni siquiera en la primera traducción. Como escritor argentino, Hudson no puede *ceder*, ni siquiera en el título, al sueño imperial de otro país. O de otra lengua.

VUELO DIRECTO

de una tierra de nadie". La diferencia está en la *escala*: en cuanto hago una pausa en el vuelo y reflexiono —es decir, me pongo a escribir—, se esfuma la despreocupación lingüística. Pienso luego escribo: si pierdo el punto de apoyo, pierdo mi casa.

El mismo Steiner se ve obligado a observar que, aun en los vuelos directos, hay a veces una fugacísima sensación de vacío, ya el momento en que se impone una palabra de la otra lengua cuando no se la encuentra en la primera, ya el momento en que la otra lengua impone (aquí mismo caigo yo en el juego) su *mot juste*. Compara Steiner esa imposición con el brusco rasgar de una seda tornasolada, "The sense is that of a brusque tear in a lattice of shot silk". Me gusta la violencia de la imagen (acentuada por el hecho de que en inglés *seda tornasolada* se dice *shot silk*), también me gusta la referencia a la *textura*, por último me gusta el hecho de que la seda (¿paño materno?) no sea de color uniforme sino cambiante, según le dé la luz del sol.

Cuenta George Steiner que su madre, burguesa vienesa, empezaba una frase en un idioma y la terminaba en otro, "los idiomas volaban por toda la casa". Este vuelo lingüístico, que Steiner presenta como un ir y venir totalmente natural, el vuelo lingüístico directo, sin escalas, típico de la clase ilustrada, no siempre es tan cómodo para otros: así los trabajosos desplazamientos lingüísticos de los menos afortunados, los que viven entre un idioma postergado y otro idioma que no dominan del todo. Para ese pobre de la lengua no hay vuelo directo: hay incómodas, desconcertantes (y a menudo humillantes) escalas. Vacíos del decir.

Steiner sí registra ese asomo de incomodidad cuando habla de traducción, es decir, del ir y venir *por* es a la intemperie (*unboused*). No se encuentra del todo cómodo, ni en el idioma propio ni en el idioma o los idiomas que domina. (...) Conocidos traductores hablan

PARA NO PERDER EL HILO

Cuenta un amigo que cuando Hudson escribía y no encontraba una palabra en inglés la remplazaba inmediatamente por la palabra en castellano para así poder seguir la narración sin perder el hilo. No otra cosa hace uno de sus personajes, un inglés instalado en la Argentina que, después de haber vivido años *among the gauchos*, se había olvidado casi de su lengua materna. Cuando intentaba hablar inglés con algún visitante, comenzaba en esa lengua pero luego vacilaba y su español, más fluido, interfería la conversación y la acaparaba. Terminaba hablando, dice Hudson, en *unadulterated Spanish*.

Pienso que me habría gustado ver aquellos borradores de Hudson, ver su *adulterated English*, marcado por ese vaivén lingüístico del que es presa el escritor bilingüe.

Dicho esto, es evidente que Hudson elige el inglés. Más aún: se construye, podría decirse, como escritor

literario. Curiosamente, al hablar de su niñez y su adopción, de sus lecturas, de ese campo que mira ya con pasión y de los animales que empieza a catalogar, nunca manifiesta deseos de escribir ni vislumbra su futuro como escritor. Eso vendrá más tarde, cuando se apodera de otra ciudad y (casi) en una sola lengua: cuando decide ser un escritor inglés.

ACENTO

Cuenta Alan Pauls cómo de chico envidiaba a los cantantes europeos que entonaban canciones en español con acento: Ornella Vannoni, Nicola di Bari, Domenico Modugno, nombres a los que no puedo no agregar el de Vikki Carr con su inolvidable *Y volveré*. Por mi parte, recuerdo cómo nos divertía a mi hermana y a mí escuchar por radio el fuertemente acentuado y posiblemente no comprendido inglés de la memorable Lilian Red, nacida Néilda Esther Corriale, *lady crooner* de Héctor y su Gran Orquesta de Jazz, quien cantaba que amaba a alguien "with all my *jadansoul*". Me llevó un tiempo darme cuenta de que se trataba del muy trillado *heart and soul*; era tanto más misterioso *jadansoul*, algo así como un brebaje oriental, provocador, acaso obsceno, para la chica que era yo entonces.

Yo nunca hablé con acento, quiero decir acento que delatara que pasaba de un idioma a otro. A pesar de que hago de ello un punto de honor —resabios de la

buena alumna—, una parte de mí lo lamenta. De chica, recuerdo, imitando a mis tías inglesas, me gustaba decir "Belgrahno", hasta que una tía no inglesa me corrigió para siempre diciéndome que hablaba en cocoliche y que pronunciara bien el nombre de quien era, después de todo, un prócer.

Hablar con acento delata al hablante: *no se es de aquí*. A veces se es de un allá prestigioso, como el que habla español con acento francés o inglés con acento británico, pero no siempre: a los pocos meses de estar en los Estados Unidos, con mi inglés angloargentino y mi vocabulario un tanto anticuado, no me ubicaron al borde del Támesis sino bastante más lejos: "Are you from India?", preguntaron. Por alguna razón me mortificó la referencia colonial, acaso porque sentí que me disminuía. No era del todo la *English girl* que creía, en parte, ser.

Al hablar de bilingüismo, Elsa Triolet lo describe como una afección: "Se diría una enfermedad: Sufro de bilingüismo". Pero al mismo tiempo observa: "Hubiera podido abandonar mi acento ruso. Preferí conservarlo".

Quienes oyen hablar al bilingüe en la lengua de ellos no siempre saben que también habla en otra; si se enteran, lo consideran algo así como un impostor o también, lo no, un traidor. Esta percepción no es ajena a la que el sujeto bilingüe tiene de sí. Esconde la otra lengua que lo sujetaría: busca que no se le note y, si tiene que pronunciar una palabra en esa otra lengua, lo hace deliberadamente con acento, para que no crean que se ha pasado al otro lado.

Pero el vaivén entre lenguas tiene su precio. Hay *switching* y *switching*, como lo prueba el poco recordado y brillante Calvert Casey, autor, precisamente, de *Notas de un simulador*. En su obra abundan los títulos que aluden al desplazamiento: *The Walk*, *El paseo*, *El regreso*, *In partenza*. Su vida misma es puro vaivén y pose. De padre norteamericano y madre cubana nace en los Estados Unidos, escribe un primer cuento (que resulta premiado) en inglés, se marcha a Cuba donde cambia de lengua y se transforma en escritor cubano, deja Cuba por

Europa donde trabaja de intérprete, se instala en Roma, escribe una última novela en inglés, la destruye con la excepción de un capítulo que narra el recorrido de un fin dentro del laberíntico cuerpo del amado. Se suicida.

Se podría decir que fue escritor norteamericano al comienzo, cuando escribía en inglés. Luego archivó la lengua durante buena parte de su vida y solo muy al final volvió a ella. En el interregno fue escritor cubano y escribió en español.

Cuentan sus amigos que era tartamudo, como el protagonista de su cuento *El regreso*, y que a veces se quedaba con la boca abierta, sin lengua. Acaso, también como su personaje, hablaba con un "vago acento extranjero". Pero ¿en cuál —o más bien desde cuál— de los dos idiomas se reconoce la extranjería? Y sobre todo: ¿en cuál se habla la lengua?

Detalle nimio que me persigue: Calvert Casey, a quien llamaban La Calvita, se suicidó tomando una sobredosis. *Esto lo sé*. Pero cada vez que pienso en su muerte en Roma, me imagino que se arroja del piso más alto de un edificio, como quien necesita aterrizar por fin en algún lado. No logro desprenderme de esa imagen.

LENGUA Y TRAUMA

de los campos, volvió a cambiar: el francés se le había vuelto demasiado familiar.

O mejor dicho, cambió de modo de expresión: dejó la literatura por la escultura.

¿Se puede hablar de trauma en el idioma que se habla —es decir, en el idioma en que *se era*— en el momento del evento traumático? Pienso en Elie Wiesel quien, antes de Auschwitz, dominaba varios idiomas. Después de Auschwitz, dedicó un año a estudiar *otra* lengua, el francés, y en ella escribió su obra, como desafío: “Quería demostrar que había entrado en una nueva época, probarme a mí mismo que estaba vivo, que había sobrevivido. Quería seguir siendo el mismo, pero dentro de otro paisaje”. Pienso: para narrar lo indecible Wiesel quería sobre todo desestabilizar la naturalidad con que hablaba las otras lenguas.

Pienso también en Olga Bernal, quien también cambió de paisaje lingüístico, posiblemente por las mismas razones. Primero pasó del checo al francés para escribir su obra crítica, y al final de su vida, cuando por alguna razón se sintió llamada a dar testimonio del trauma

LA LENGUA DEL PADRE

El sueño de la lengua cortada, teñido de rojo, se repite casi todas las noches: el amante de la criada búlgara blanca de un cuchillo cerca del rostro del chico, amenazando arrancarle la lengua si los delata. ¿En qué idioma hablarían? El hombre solo puede amenazar en búlgaro, el chico, para delatarlo, tendría que haberlo hecho en ladino, la lengua que habla con los padres. Porque ya de muy joven Elias Canetti tiene múltiples lenguas: búlgaro para el afuera, ladino para lo familiar, inglés (cuando la familia se muda a Londres) con el padre, alemán, más adelante, con la madre. O no tiene ninguna.

La lengua familiar es el ladino pero no es la lengua que hablan los padres entre sí. La intimidad de la pareja se da en alemán, lengua literalmente vedada al hijo: "No se me permitía comprenderla". Los padres se niegan a incluirlo en el diálogo: "Después de rogar en vano me iba furioso a una habitación rara vez utilizada, y me repetía las frases que les había oído, con la misma en-

tonación, como fórmulas mágicas". Pero siempre cuida de que los padres no se den cuenta: si ellos tienen sus secretos, él tiene los suyos.

Muerto el padre, la madre lo somete a un aprendizaje brutal del alemán, haciéndolo memorizar frases de un libro que no le permite ver y regañándolo duramente cuando se equivoca. Por fin el chico aprende y la madre lo reconoce en su nuevo avatar lingüístico: "Eres después de todo hijo mío". Comienza, por así decirlo, la luna de miel entre madre e hijo, hablan en alemán ya fuera de la escena pedagógica: "Ella tenía una profunda necesidad de hablar alemán conmigo, era la lengua de su intimidad". También, por lo visto, del hijo: "El idioma de nuestro amor —¡y qué gran amor era!— se volvió el alemán".

El hijo pasa a ocupar el lecho lingüístico del padre y la lengua paterna se vuelve lengua de escritura. También pasa a ser lengua de rememoración: "Todos los eventos de mis primeros años se daban en ladino o en búlgaro. Solo mucho más tarde se convirtieron dentro de mí en alemán".

El título de este primer tomo de memorias de Canetti se ha traducido diversamente como *La lengua salvada* (por otros), *hasta triunfales*, lejos de toda idea de corte, *pasión o violencia*. Parecería celebrar una victoria; en realidad, *lingüística del sueño* ha quedado atrás.

FRONTERA

Ser bilingüe es hablar sabiendo que lo que se dice está siempre siendo dicho en *otro* lado, en muchos lados. Esta conciencia de la inherente rareza de toda comunicación, este saber que lo que se dice es desde siempre ajeno, que el hablar siempre implica insuficiencia y sobre todo *doble* (siempre hay *otra* manera de decirlo) es característica de cualquier lenguaje pero, en la ansiedad de establecer contacto, lo olvidamos. El bilingüismo explícito del que maneja más de una lengua —por hábito, por comodidad, por desafío, con fines estéticos, ya simultáneamente, ya sucesivamente— vuelve patente esa otredad del lenguaje. Esa es la fortuna del bilingüe; y es también su desgracia, su *undoing*: su des-hechura.

Recuerdo lo que dice Nabokov de su paso al inglés: al traducir *Desesperación* descubre que puede usar el inglés como a *wistful standby* del ruso. El reemplazo de un idioma por otro no está exento de

melancolía: "Todavía siento la punzada de esa sustitución".

Recuerdo también que hace mucho, antes de mi primera salida de la Argentina, encontré en un texto de Valery Larbaud, escritor olvidable y olvidado pero notable traductor, una frase memorable. En una lista de recomendaciones literarias anotaba Larbaud como mandato para todo escritor: "Donner un air étranger à ce qu'on écrit". El consejo me pareció brillante, porque transformaba lo que yo percibía como falla en ventaja, a veces incómoda, pero ventaja al fin. Me daba permiso, también, de escribir "en traducción" y así lo hice. Y así lo sigo haciendo.

AFTERTHOUGHT

Cuando me dispongo a escribir algo nuevo siempre me cuesta empezar, como si no encontrara el lugar donde asentarme. Recorro, la mayoría de las veces, a un truco, fácil si se quiere pero no menos eficaz. Me imagino en el *otro* idioma, el que no voy a usar para el texto que estoy por comenzar, y así me largo a escribir, provisoriamente, consciente de que es una escritura pasajera, un desperdicio, algo que no va a durar. La treta, por forzada que sea, suele funcionar. Al rato me detengo y traduzco lo que he escrito al idioma en el que pienso escribir el resto del texto, texto que me resulta ya menos difícil ahora que el otro idioma le abrió camino. Este laborioso ejercicio de traducción me permite la entrada en una escritura que al comienzo me apabullaba. Tal como lo veo he practicado un acto de contaminación saludable.

TEXTO ORIGINAL

Hace años di un curso en inglés sobre Borges a un grupo de estudiantes en Nueva York. Previsiblemente Borges los desconcertó y el desconcierto fue fecundo: agilizó la clase, los impulsó, literalmente, a *di-vertirse*. La lengua no era obstáculo, los textos estaban en inglés, y la noción del otro idioma no inquietaba. Por lo menos al comienzo.

La mayoría de estos estudiantes era, de hecho, bilingüe aunque —cosa notable por tratarse de Nueva York— había una sola estudiante que hablaba español. Pero para todos la *otra* lengua quedaba rezagada, en casa. Allí hablaban chino, húngaro, árabe, hindi, hasta tagalo con los padres pero sobre todo con algún pariente viejo: lo hacían por razones prácticas, sin atribuir al idioma otra función que la de la comunicación más elemental y doméstica. El idioma de la familia, el llamado *heritage language*, de hecho los había desheredado; o ellos a él. Carecía de todo poder de evoca-

ción, de alusión, de metáfora: cumplía meras funciones caseras. Como dijo uno de ellos, era un *shortcut*: un atajo.

Las cosas cambiaron cuando pasamos de la prosa de Borges a su poesía. Me explico: a diferencia de la edición inglesa de los cuentos, resueltamente monolingüe, el volumen de la poesía completa era bilingüe: el original en español a la izquierda, la versión inglesa a la derecha. La idea de que hubiera un "original" —a pesar de que no lo entendieran, a pesar de haber leído tantos relatos de Borges donde la idea misma de originalidad resultaba inoperante— extrañamente los reconfortó. No así la disposición de las páginas. Acostumbrados a que el texto original, como en toda edición bilingüe, estuviera a la izquierda y su traducción a la derecha, sentían (uso el verbo deliberadamente porque evidentemente *sabían* que no era así) que debería ser al revés, que el texto de la izquierda en español debía de ser traducción del texto de la derecha en inglés, el que habían leído primero. El alivio inicial que habían experimentado ante la idea de un original se tiñó de desconfianza, de desasosiego.

Muchas veces me he preguntado si el hecho de que este curso coincidiera con el ataque a las Torres Gemelas, que descolocó a todos espacial, temporal y, podría decirse, nacionalmente, tuvo algo que ver con esta curiosa reacción. Todos, por un momento, éramos neoyorkinos, todos éramos *de aquí*, todos hablábamos ori-

ginalmente inglés. Hasta yo caí en la trampa: antes de reunirme por primera vez con la clase, a los tres días del ataque, vi en la lista un apellido inconfundiblemente árabe y me inquieté temiendo un enfrentamiento, un conflicto cultural que no sabría manejar, un *biyab* imposible de ignorar. El primer día, al pasar lista, identifiqué a la estudiante: resultó ser una chica *queer*, con mechones de pelo teñidos de azul brillante y un anillo en la ceja. Agradecí que se tratara de una diferencia que sabía traducir.

LA LECCIÓN DE ESCRITURA

En términos de escritura, ¿cómo y por dónde entra en lengua el bilingüe? El esclavo cubano Juan Francisco Manzano (de quien se podría decir que manejaba dos lenguas, la propia, oral, y el español decimonónico del amo) aprende a escribir calcando literalmente la letra del otro, en esa segunda lengua que se volverá la suya, es decir, una de las suyas. Yo recuerdo ejercicios semejantes de mimesis. Cuando escribí mi primer libro en francés, procuré imitar la escritura de mi director de tesis, prestando gran atención a las frases hechas que solían puntuar su discurso: por ejemplo, *qu'à cela ne tienne*.

Siempre escribí afuera: a la intemperie. Durante mucho tiempo solo escribí crítica, no me permitía la escritura de ficción de manera sostenida. "Exile is about telling a story", dice Alicia Borinsky. Pero, quería saber yo, ¿en cuál de mis idiomas? Escribía fragmentos, con algo de culpa, en los tres: recuerdos, escenas, a veces una cita de un texto que estaba leyendo que disparaba la es-

critura, una frase bien hecha o una parodia tonta ("Yes, Julia, there was a tiger. But that was not the point"). Tenía la idea de que esas anotaciones me serían útiles algún día y por cierto lo fueron. Entretejí muchas de ellas en mi primera novela; también en la segunda.

Cuando escribí mis primeros textos en español, tamimicé —el verbo no es excesivo— lo que quería decir a través de mis lecturas. Cuando decidí escribir en inglés el ejercicio fue muy otro. Me preparé para la tarea como quien se entrena para un concurso. Hasta entonces el inglés estaba destinado, en su versión más pragmática, a la vida cotidiana del exilio: en su versión excesiva, no utilizaría, a los afectos, presentes y pasados. Mi entrenamiento para retomar soltura con un inglés escrito —soltura y dominio— no fue emular a autoridades sino practicar el bric-à-brac: anotaba en papelitos palabras, expresiones, cláusulas adverbiales (por lo general adversativas) que me gustaban y que quería usar: *notwithstanding, hitherto, despite, conversely*. Un poco como quien plagia: o, más precisamente, como alguien que espía una performance y luego la reproduce. Fue, de algún modo, un ejercicio autobiográfico, no solo por el tema —se trataba de un libro sobre autobiografías— sino porque el inglés era lengua de recuerdo, el recuerdo de mi padre. Me traduje.

He usado la palabra clave, crucial para el bilingüe, como permanente recuerdo de ese "estar entre" que es fatalmente su modo de habla, de escritura, de tenue vida. Y a propósito de traducción, una última anécdota-

ta: hace mucho tiempo, cuando volví por primera vez a la Argentina después de años de estudio en Francia, antes de empezar a escribir en español, me presenté con una amiga a dos concursos de traducción, del francés al español y del inglés al español. Era necesario elegir un seudónimo. Mi amiga decía que yo siempre me deprimía cuando traducía, que estaba *gloomy*. Yo por mi parte leía (cuando no estaba traduciendo) *Tropico de cáncer* de Henry Miller, fascinada con la escena del burdel parisino y el personaje del indio, Nanantatee, que defeca en un bidet porque no sabe para qué sirve: el artefacto no pertenece a su cultura. Mi amiga y yo elegimos el seudónimo *Gloomy Nonentity*. Ganamos los dos premios. Hoy, sin duda, si tuviera que elegir un nombre, suprimiría el *gloomy* o lo cambiaría de signo. Pero no me sentiría incómoda con el sustantivo. Después de todo ¿en qué lengua soy?

ÍNDICE

Infancia	9
Novela familiar	10
Aprendizajes	12
Pérdida	14
J'écris ma lecture	16
Territorio	18
Mezcla	21
Punto de apoyo	23
Lengua animal	26
Ecolalias	28
No querer ser otro	30
Pictures of home	32
Libertades	34
Cruces bilingües	35
Bilingüismo inmigrante	37
Nombre	39
Otro nombre	41

Más apellidos	43
Derroches bilingües	44
Habla casera	46
Lapsus	48
Reconocimiento	49
Violencia	51
Vuelo directo	56
Para no perder el hilo	58
Acento	60
O calvo o dos pelucas	62
Lengua y trauma	64
La lengua del padre	66
Frontera	68
Afterthought	70
Texto original	71
La lección de escritura	74